



La mochila “rayá”: del símbolo a la subsistencia

CRISTINA ECHAVARRÍA USHER
MÍRIAM VERGARA GÓMEZ

Trabajo fotográfico: Cristina Echavarría Usher, Alejo Santa María Uribe

LA MOCHILA “RAYÁ”, la mochila en la que cargan los campesinos de toda la llanura del Caribe colombiano el pedazo de queso bajero y la “miguita” de panela, el frasco de café y el bollo de maíz para desayunar en el monte; la mochila que usan también los estudiantes y obreros; esta mochila de fique con rayas de brillantes colores, es tejida por mujeres y niños artesanos que viven en los pueblos y veredas de la región de Atánquez, situada en el árido piedemonte del sureste de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Página anterior:

Familia atanquera tejiendo mochila.

Saliendo por Pozo Hurtado hacia el norte de Valledupar, se sigue el curso del río Badillo, y luego el de su afluente, el río Candela, para penetrar en territorio atanquero. Bajo un sol abrasador, el polvoriento camino atraviesa los pueblos y caseríos de las tierras bajas, y se interna en la Sierra Nevada, hasta alcanzar unos setecientos metros sobre el nivel del mar. Allí, a orillas del río Candela y bajo la sombra del cerro Juaneta, se encuentra escondido el pueblo de Atánquez, corazón del antiguo territorio cancuamo.

DE CANCUAMOS A ATANQUEROS

La primera referencia que de Atánquez traen las crónicas data de 1690, cuando el obispo de Santa Marta ordenó una visita al “pueblo de los Atánquez”, acusados de idolatría. A mediados del siglo XVIII y como consecuencia del incremento de la labor evangelizadora, Atánquez fue erigida en capital del territorio especial de la Sierra Nevada de Santa Marta y Motilones, bajo la custodia de la Iglesia misional. Años después se convirtió en refugio de indios y campesinos que huían de las tierras bajas del alto Cesar y de la baja Guajira, a causa de las guerras civiles y la hambruna desatada por las plagas de langosta (Reichel y Dussán, 1956; 1961).

Esta confluencia de la Iglesia misional, el Estado y grupos portadores de una cultura más hispana y africana condujo a la paulatina transformación de Atánquez en pueblo triétnico, con las características de una aldea costeña.

Los cambios étnicos, socioeconómicos y culturales radicales ocurrieron a partir de 1860. Los relatos indican que en el período que va de finales del siglo pasado a principios del presente, Atánquez gozó de una floreciente economía: entró en auge el trueque de productos agrícolas y artesanales con un mercado que cubría prácticamente toda la costa Atlántica. De Atánquez salían bastimento y fruta para Valledupar; sombreros y mochilas, chinchorros y cuerdas se intercambiaban en El Banco y otros pueblos ribereños por pescado seco, huevos de iguana y otros productos.

Esta integración comercial con el resto de la costa atlántica propició, a su vez, un intercambio cultural mediante el cual las tradiciones musicales locales se dieron a



Joven atanquero camino de la sierra con una carga de iguanas.

conocer y se fueron transformando con nuevas influencias. En esa época las fiestas patronales de San Isidro de Atánquez atraían músicos de todo el valle del Cesar y de la Guajira. Llegaban los indígenas arsarios de La Sierrita, con el chicote y la gaita; los campesinos de Valledupar, Fonseca y San Juan del Cesar, con el acordeón; y de la Guajira venían las bandas de viento (Vergara Gómez, 1988).

Si bien Atánquez contó a principios de este siglo con una floreciente economía agrícola y artesanal, ésta no fue sino una muestra de un potencial que hoy escasamente mantiene una economía de subsistencia.

Los comerciantes que en aquella época se establecieron en la región de Atánquez se encargaron de la comercialización y distribución de los productos artesanales de fique: mochilas, chinchorros para dormir y diversos tipos de lazos. Dada la ausencia de un sistema monetario, los comerciantes establecieron un sistema de intercambio que en un principio fortaleció la economía local pero que muy pronto se convirtió en un desventajoso sistema de trueque —aún vigente— que ha sido el principal responsable del continuo deterioro del poder adquisitivo de las familias artesanas.

El estancamiento progresivo del valor de cambio de los objetos artesanales, no sólo trajo empobrecimiento, sino que, además, condujo al deterioro de la calidad de la artesanía de fique. De las artesanías señaladas, sólo la mochila sobrevivió en un mercado que se fue extendiendo paulatinamente a lugares cada vez más distantes, hasta convertirse en una artesanía tradicional popular, con un mercado nacional y extranjero.

AGRICULTORES, ARTESANOS Y COMERCIANTES

Hoy los atanqueros desempeñan el papel de intermediarios entre la sierra y Valledupar. Además de producir la popular mochila de fique y mochilas de lana de imitación arhuaca, se dedican al comercio con sus vecinos icas, coguis y arsarios, como también con el resto de la costa Atlántica y algunas ciudades del interior del país.

Es común ver pasar a los atanqueros por remotos pueblos indígenas ofreciendo ollas de aluminio, manteca, arroz, sal, chanclas, lanas industriales, ron “chirrinchi” e iguanas, a cambio de mochilas, panela, fique, lana de carnero, café y aguacate. Igual-

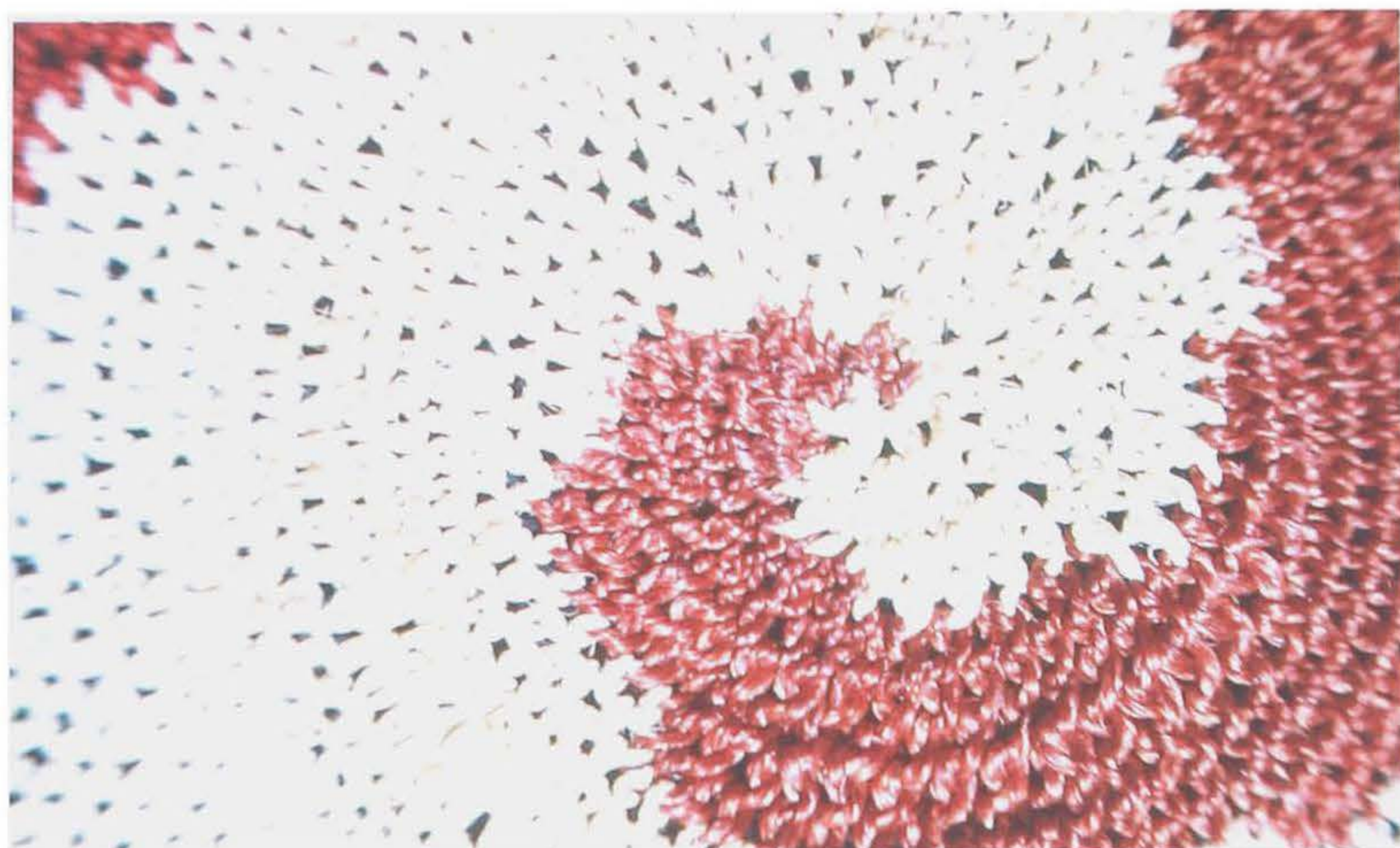


Teresa Araújo, promotora artesanal, aprovecha las primeras horas del día para *corchar* la cabuya.

mente se les encuentra en la avenida medellinense de La Playa, vendiendo mochilas y otras artesanías.

Practican una agricultura de tala y quema muy similar a la de los indígenas de la sierra. Sus fincas y rozas se hallan dispersas en varios pisos climáticos, pues Atánquez está estratégicamente situado entre el piso cálido y el templado, y sus habitantes aprovechan los recursos de ambos.

Cultivan café, caña de azúcar, aguacate, fique, frutales y cultivos de pancoger en cercanías de arroyos y manantiales. Entre tanto, en las lomas, la ganadería extensiva ocupa cerca del setenta y cinco por ciento del territorio atanquero y es la principal causante del grave deterioro de aguas y suelos (Echavarría, 1984).



El *chupire* crece en espiral; en este caso con el dibujo del caracol.

Sin embargo, para los artesanos de hoy, la mochila sigue siendo una necesidad vital. El deterioro de las áridas tierras atanqueras, la desaparición de muchas fuentes de agua y el crecimiento de la población han generado una crítica escasez de alimentos, que pone sobre la producción artesanal casi todo el peso de la subsistencia familiar.

En vista de esta situación, en 1986 el grupo de trabajo comunitario Corporación Murundúa —Comunidad por la naturaleza, el trabajo y la cultura¹— se dedicó a promover la unión de las artesanas en defensa de su trabajo. Se buscó mejorar la calidad de la mochila mediante la recuperación de tintes naturales y puntadas tradicionales, para lograr, sobre esta base, un precio más justo que contribuyera a mejorar el nivel de vida de las familias artesanas (Echavarría, 1987a y 1987b; Vergara, 1987).

LA MOCHILA: TRADICIÓN Y ARTE POPULAR

Con los primeros rayos del sol, entre la algarabía de los gallos y el persistente rebuznar de los burros, se oye el sonido de la *carrumba* hilando el fique que las tejedoras necesitan para empezar “la mochila del diario”. Para entorchar la fibra, las artesanas extienden una inmensa telaraña de cabuyas de colores, que atraviesa las calles de piedra, los solares y las casas.

Por la tarde las artesanas salen a comadrear mientras tejen mochila y se intercambian el tejido en señal de amistad y confianza. Para ellas, que viven de la mochila, los amaneceres están marcados por el sonido de la *carrumba* y los días se entretejen en procura del sustento.

Tejer mochila en Atánquez, más que una actividad económica, es una tradición cultural muy arraigada. Como descendientes de los cancuamos, uno de los cuatro grupos aborígenes de la Sierra Nevada de Santa Marta, los atanqueros comparten con los indígenas vecinos el arte milenario del tejido. La mochila, además de ser un instrumento de trabajo, es una prenda de vestir, cuya forma, diseño y colorido identifican culturalmente a los habitantes de la Sierra Nevada de Santa Marta y sus alrededores.

¹ La Corporación Murundúa —Comunidad por la naturaleza, el trabajo y la cultura— es una entidad sin ánimo de lucro, que desde 1984 viene realizando proyectos de organización y desarrollo comunitario en torno de la tradición cultural, tanto musical como artesanal, en la región de Atánquez. Esta integrada por dirigentes comunitarios de la región de Atánquez y profesionales de Valledupar y Medellín.



Mochilas coguis y arsarias preparadas con *pagamentos* u ofrendas para el ritual de "curación de la comida".

Del símbolo a la subsistencia

"La mochila, como el caracol que representa el mundo, crece en espiral. Su forma simboliza el vientre fértil de la gran madre cósmica, principio y fin de todo cuanto existe".
(Usemi, 1981).

Como las mochilas de los icas, coguis y arsarios, la mochila atanquera en tiempos de los cancuamos entretejía en sus colores la indicación del linaje de su dueño (Dussán de Reichel, 1960) y en sus diseños el lenguaje cifrado de los mitos.

La mochila perdió su significado simbólico al desaparecer la lengua y las formas de organización social que le daban sentido, mientras que su comercialización en grandes cantidades y a precios muy bajos provocó la producción de mochilas ordinarias, al dejar de lado las puntadas, diseños y tintes naturales, técnicas ancestrales de los cancuamos.

En el mercado sólo se conoce la mochila "rayá" o mochila costeña, que hoy identifica a los pobladores triétnicos de la costa Atlántica. Pero las artesanas atanqueras aún tejen las mochilas finas, llamadas *terceras*², que lucen los habitantes de la región. Para uso doméstico, se tejen mochilas *cargueras* y *mochilones*, que sirven para transportar los productos agrícolas por los empinados caminos de la montaña; como también chinchorros para dormir, lazos o *hicos* y arcos para los animales.

PARA HACER UNA MOCHILA

De la mata a la fibra

En la familia cada cual tiene su oficio en la dispendiosa elaboración de la mochila; cuando se dispone de algunas matas de fique (*Agave americana*), el hombre es el encargado de extraer la fibra, labor que aprende desde niño. Para ello utiliza, bien sea la técnica aborigen del *macaneo*, raspando la hoja con una paleta cóncava de madera de macana, o el método moderno del desfibrado a máquina. Quienes no disponen de matas adquieren la fibra en las tiendas.

² *Tercera* es la mochila en la cual los varones, tanto atanqueros como icas, coguis y arsarios cargan los objetos de uso personal: linterna, dinero, cuchillo, pañuelo, papeles, etc. Esta mochila es la de lucir, y es tejida especialmente por la mujer, bien sea para el marido, el novio, el hermano o el hijo. Su tamaño oscila entre 28 y 30 centímetros de alto, por 25 y 28 centímetros de ancho de boca.



En la Sierra Nevada de Santa Marta los mochilones reemplazan costales y canastos en el transporte de carga en animal.

En 1950 la región de Atánquez contaba con unas cien hectáreas de fique cultivadas más o menos sistemáticamente (Dussán de Reichel, 1960). Cultivadores y tejedoras distinguían una rica gama de variedades de la especie, *Agave americana*, llamada localmente *maguey*, diferenciadas según sus propiedades de resistencia, suavidad y largo de la fibra. Hoy las más utilizadas son el *maguey hayalero*, áspero y resistente, y el *maguey de punta*, preferido por su suavidad. Entre otras variedades, cabe mencionar el *maguey pitilla*, utilizado para rituales mágico-religiosos de origen indígena.

En 1986 quedaban en la región cerca de diez mil matas de fique (Vergara, 1987), menos de una quinta parte de lo que Alicia Dussán de Reichel (*ibíd.*) registró en el decenio de 1950. En general las plantas no son cultivadas, sino que “se nacen” por regeneración natural. Como Atánquez no alcanza a cubrir su propia demanda de fique, una parte de éste se trae de los Santanderes, y el resto se les compra o cambia a los indios.

Los dueños de *magueyales* a menudo dejan perder las matas. Sostienen que actualmente la producción de fique no es rentable por los altos costos de la mano de obra, del transporte de las hojas hasta la máquina desfibradora y del alquiler y combustible de la misma.

Por otro lado, el oficio de *macanero* ha caído en desuso y se encuentra en proceso de extinción, por razones de salud, prestigio social y mala remuneración.

La libra de fique, que en 1986 se pagaba a cien pesos, resulta barata para el cultivador y demasiado cara para la artesana, que después de hilar y teñir esta libra de cabuya teje cinco mochilas que cambia en la tienda por el equivalente de doscientos cincuenta pesos.

Del fique a la cabuya

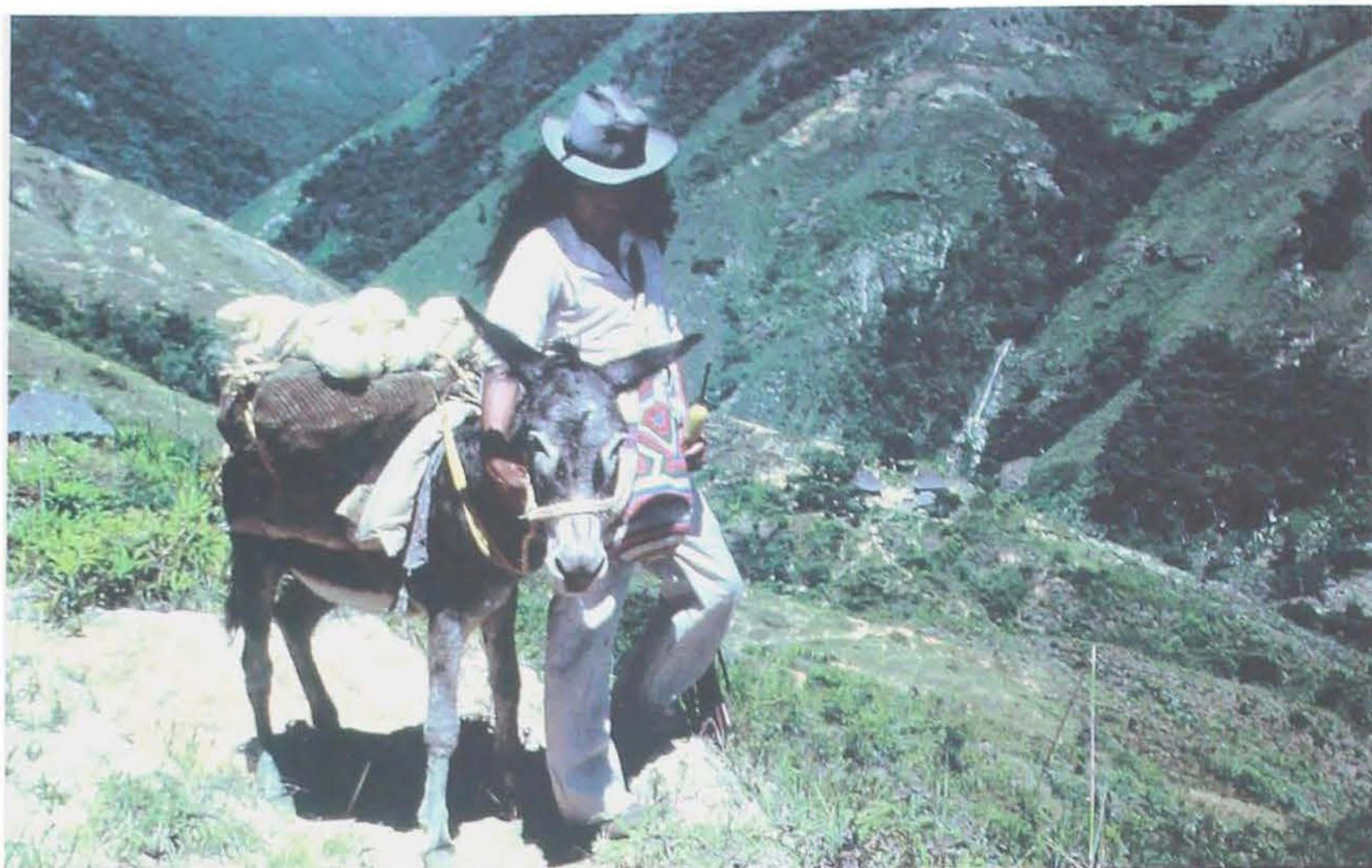
El hilado es el alma de la mochila. Con la ayuda imprescindible de los niños, las hábiles manos de las artesanas hilan la cabuya que se usa para el tejido. Esto es todo



Nemoroso Corzo aprendió a *macanear* desde que tuvo fuerzas para manejar la macana.

un arte, pues, sea grueso o delgado su calibre, lo importante es que quede parejo; es así como el hilado grueso y disparejo de una libra de cabuya para mochilas corrientes puede hacerse en dos horas, mientras el hilado de una libra de cabuya delgada y pareja, destinada a las mochilas finas, puede tardar hasta ocho horas.

Se podría decir que los niños aportan la mayor parte de la mano de obra para el hilado del fique, el cual requiere comúnmente tres personas: una arrancadora que separa cadejos de fique y se los pasa a la empatadora, quien los va uniendo al hilo que se forma cuando la hiladora pone en movimiento la carrumba. Empatar es tal vez uno de los secretos para adquirir maestría en el hilado, y por ello son las mujeres adultas quienes desempeñan esta labor.



Indio arsario transportando fique para vender en Atánquez.

La carrumba, una especie de huso con palanca, ha sido desde hace siglos el instrumento destinado al hilado del fique; las vecinas coguis, icas y arsarias sólo la usan para hilar cabuya gruesa, pues la cabuya delgada la hilan sobre el muslo con las manos, y el algodón y la lana en huso sencillo.

La transformación del fique en cabuya, y finalmente en mochila, es un proceso bastante largo, como bien lo expresó María Daza, una artesana local: "Primeramente sacan el maguey, luego hay que lavarlo, luego hay que secarlo en cuerdas, después lo pesan; después es que se va a hilar, en la hilada tiene uno demora. Después de hilado hay que unir las dos cuerdas; entonces es que se va a corchar. Después de corchado, viene que hay que envolverlo y teñirlo; ya cuando está teñido y envuelto, ya está listo para tejer".

Cabuyas de colores

En tiempos pasados sólo se utilizaban tintes naturales para teñir el fique y el algodón; cada planta tintórea se usaba con distintos fines simbólicos y prácticos. Los más usados eran: el palo brasil (*Hematoxylon brasiletto* Karst), la raíz de batatilla (*Curcuma longa*), el morado de hoja (*Picramia* sp.), la hoja del bejuco chinguiza (*Arrhabidea chica*), la corteza de nola (?), el corazón de morito (*Chlorophora tinctoria*), la fruta del jaguito (*Genipa americana*), la legumbre del dividivi (*Caesalpinia coriaria*), la semilla del achiote (*Bixa orellana*) y el bejuco de ojo de buey (*Mucuna pruriens*).

Posiblemente existían reglas que establecían quiénes podían o no tinturar con estas plantas, en qué épocas y para cuáles ceremonias. Los icas, por ejemplo, no permiten que las mujeres en edad fértil manipulen estas plantas para tinturar; son sólo las mujeres muy mayores y los hombres quienes se encargan de teñir con plantas (Beatriz Toro I. Comunicación personal).

Con la comercialización de la mochila "rayá" a principios del siglo, se introdujeron las anilinas minerales de colores encendidos, que fueron desplazando a los tintes vegetales.



Aura Montaña empata los cadejos de cabuya que su hija Piedad le va pasando. Entre tanto, Aurita, su otra hija, que no aparece en la foto, tuerce la cabuya con la carrumba.

Este reemplazo casi total de las plantas tintóreas por anilinas respondió a varios factores: la oferta de colores brillantes, tan populares entre el campesinado triétnico de la costa atlántica, que es el principal comprador de la mochila; la rapidez y facilidad del tinturado con anilina, que acorta en cerca de un 25% el tiempo de elaboración de la mochila; y el bajo precio de la mochila, que no justificaba el esfuerzo y el tiempo que requiere el tinturado con plantas.

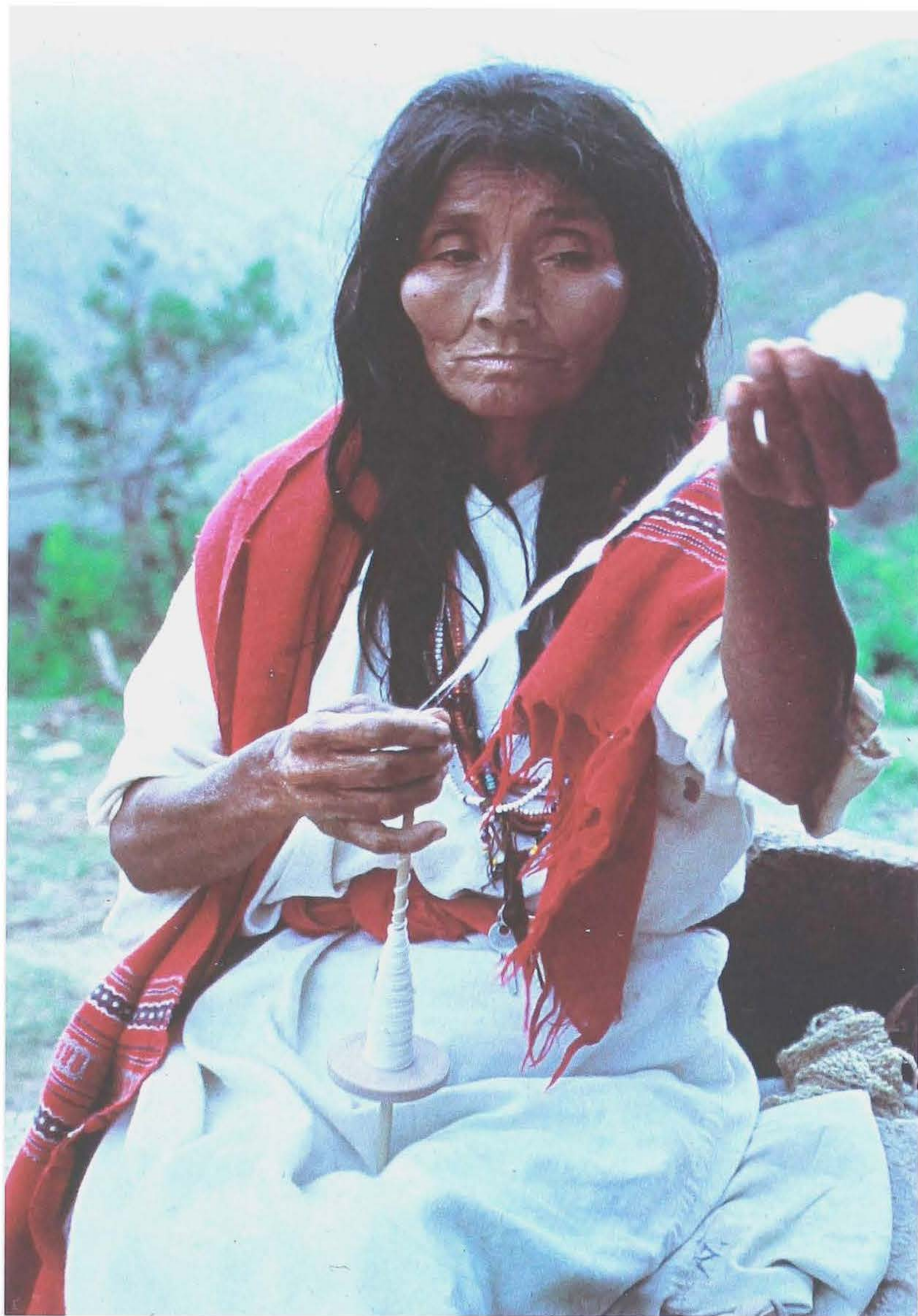
Si bien hace unos cuarenta años aún era común que el sector más pobre de la población utilizara plantas tintóreas como la batatilla, el palo brasil, la chinguiza, el morado de hoja y el morito (Dussán de Reichel, 1960), cuando Marianne Cardale de Schrimpf visitó el pueblo en 1966 ya se utilizaban casi exclusivamente las anilinas.



Esta niña de seis años, víctima de poliomielitis, demuestra una gran habilidad para arrancar, empatar e hilar ella sola la cabuya.

Sin embargo, unas pocas artesanas conocían la batatilla, el palo brasil, el morito y la chinguiza (1972). En 1986 el 98% de las artesanas sólo conocía la batatilla y el palo brasil, por ser éstas más asequibles.

Cuando después de muchos años las artesanas organizadas quisieron recuperar los tintes vegetales, eran muy pocas las que aún recordaban la costumbre de sus abuelas cancuamas. Sin embargo, por ser campesinas y observadoras innatas, muchas de ellas comenzaron a experimentar con aquellas plantas que manchan y a preguntarles



India arsaria hilando algodón en huso.

a las indias vecinas sobre los tintes naturales que ellas utilizan, hasta descubrir casi cuarenta plantas tintóreas existentes en la región de Atánquez.

La experiencia de las artesanas indica que la tonalidad que se obtiene de los colores no depende únicamente de los ingredientes utilizados ni de las proporciones de éstos: factores como la cantidad e intensidad del sol, la humedad del ambiente, la edad del árbol, la época del año, la fase de la luna en que se utiliza una planta y hasta la “mano” de quien realiza el tinturado, hacen muy difícil la reproducción del mismo color, aun con el mismo procedimiento, en dos ocasiones diferentes.

Con la realización de talleres³, las artesanas comenzaron a compartir sus técnicas caseras y a poner en práctica nuevos conocimientos que mejoraron el tinturado y

³ Se realizaron dos talleres de tinturado y fijado que fueron dirigidos por Isabel Cristina Duque, el primero, y por Patricia Escobar, conjuntamente con la artesana Aura Montaña, el segundo, con el apoyo de Artesanías de Colombia S.A. Se realizó también un taller de integración y desarrollo creativo dirigido por Ligia Gómez R., gracias al apoyo de Desarrollo y Paz.



La familia Montaño tritura laboriosamente las hojas del bejuco chinguiza (*Arrhabidea chica* Verlot) en los pozos del río.

fijado de los colores de la mochila. Los resultados de este proceso de recuperación se recogieron ulteriormente en la cartilla *Tintes naturales para fique*, publicada por la Corporación Murundúa (Echavarría, 1987b).

De la cabuya a la mochila

Una vez hilada y tinturada la cabuya, se comienza a tejer la mochila con una gruesa aguja capotera de acero. En un extremo de la cabuya enhebrada se hace un nudo, que no se cierra del todo, para dejar un ojal sobre el cual se comienzan a tejer simples guirnaldas o lazadas (Dussán de Reichel, 1960) hasta llenarlo.

Para formar el plato o *chipire* de la mochila, que es plano, se sigue tejiendo en espiral, haciendo crecidos, es decir: dos puntadas en un mismo hueco. Al comenzar el chipire, los crecidos son muy seguidos y se van disminuyendo a medida que crece el plato. Cuando éste alcanza el tamaño deseado, se eliminan los crecidos para que la mochila comience a subir, formando el *pañó* o cuerpo.

Para la mochila corriente se tejen simples listas de colores, pero para mochilas finas que lleven dibujo la artesana tiene que calcular de antemano la distribución del diseño sobre el paño, a fin de que quede lo más simétrico posible. Una vez hechas las cuentas iniciales, se van empatando cabuyas de diversos colores, según lo requiera el dibujo escogido. Un diseño bien logrado implica cálculos matemáticos cuidadosos.

Cuando la mochila ha alcanzado la altura deseada, se procede a tejerle la boca, que puede ser sencilla o doble, según el uso y la calidad de la mochila. Para las mochilas llamadas *terceras*, *cargueras* y *mochilones* se adiciona a la boca una boquera o sobreboca que sirve para cerrar la mochila.

Por su parte, el tejido de la *gaza* o colgadera de la mochila no requiere menos concentración que el paño, en especial si se trata de gaza doble o triple. Para comenzar “se arma” la gaza, es decir: se envuelve la urdimbre entre el dedo gordo del pie y la mano izquierda. Luego se ata una punta de la gaza y se comienzan a entrecruzar las cabuyas de una punta hasta la otra. Según la distribución que se dé a los colores en el



Con el palo brasil (*Hematoxylon brasiletto* Karst) se puede teñir color naranja al agregarse limón y morado solferino al agregarse ceniza. Aquí la cabuya es macerada entre el tinte al sol.

momento de armar la gaza, se obtienen diversos diseños simétricos, como el corazón, la cuchilla, el peine, o combinaciones de éstos.

Terminada la gaza, se pega o teje a la mochila con una puntada en forma de ocho, procurando seguir la línea de los empates en el paño de la mochila, para una mayor simetría.

El tejido de gaza también se utiliza para elaborar cinturones o fajones, que se pueden hacer del ancho deseado, utilizando como amarre una cabuya más gruesa, llamada



Boca doble y sobreboque de un mochilón tejido con la puntada *mediosuso*.

cordoncilla: un extremo de ésta se ata en una punta de la gaza, y el otro se introduce en un ojal para cerrar el cinturón.

Aunque casi todas las familias artesanas tejen, para su subsistencia cotidiana, cuatro o más mochilas corrientes al día, la elaboración de una mochila fina puede tardar entre uno y veinte días, según su tamaño, el calibre de la cabuya y la complejidad del diseño (Vergara, 1987).

PUNTADAS Y DISEÑOS

Permanencia y transformación de los diseños

Los dibujos que tejen las artesanas atanqueras forman parte de lo que se conoce como arte arhuaco (Usemi, 1981), que pertenece también a los cancuamos y a los arsarios, por compartir en cierta medida la misma tradición cultural.

Sin embargo, en su transitar por el mundo “civilizado”, los atanqueros han ido olvidando no sólo el contenido simbólico de los diseños, sino también los dibujos mismos. La comercialización de la mochila desde finales del siglo pasado privilegió la producción de mochilas corrientes de listas, aunque algunas mujeres atanqueras continuaron tejiendo mochilas terceras y cargueras con los dibujos tradicionales, para los hijos y el marido.

Actualmente es muy difícil discernir si el origen de uno u otro dibujo es ica, cancuamo o arsario, e incluso si ésta es una pregunta válida, dado que aún existen grandes vacíos en nuestro conocimiento sobre la etnohistoria y la conformación actual de los grupos indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta.

El hecho es que hay algunos dibujos como el ramo (parecido a una flecha), el caracol, el camino y el rombo, entre otros, que son comunes a los tres grupos. Los coguis sólo tejen listas en sus mochilas, cuyos colores designan linajes (Reichel-Dolmatoff, 1985).

Al perderse el significado original, las atanqueras le han otorgado a los dibujos un nuevo sentido, relacionado con las referencias que imponen la lengua española, la educación formal y los medios de comunicación: por ejemplo, el dibujo de una ser-



Leidi Montaña arma la gasa para luego tejerla y pegarla a la mochila.

piente, que llamaban “la alfombra”, hoy se conoce como “el rombo”. Desde que Alicia Dussán de Reichel (1960) realizó su trabajo sobre la mochila atanquera, han cambiado los nombres de muchos dibujos: “el banco” (asiento) se convirtió en “la Cé”; “*cambi*ro derecho” (garabato de madera para colgar objetos, voz ica), se conoce como “la U”; “la lotería” es hoy “la O”; y lo que se conocía como “pata de gallina” ya se llama “tresbracito” (Echavarría, 1986a).

Por otro lado, sin embargo, con el surgimiento del tejido de mochila de lana de imitación arhuaca y con el mejoramiento de la mochila de fique, las artesanas atanqueras estudian cuidadosamente las mochilas de las indias, y toman de ellas diseños que transforman y combinan con imaginación y habilidad crecientes.

Las puntadas

Las puntadas, por su parte, además de estar determinadas por el uso al que esté destinada la mochila, responden a las exigencias del diseño. Las artesanas escogen entre las cinco puntadas básicas: la lazada (Dussán de Reichel, 1960) o puntada corriente es la más usada, pues con ella se teje la mochila “rayá” y es la apropiada para “hacer labor” o tejer dibujos en la mochila.

Aunque la puntada corriente a veces se utiliza para tejer las cargueras y los mochilones, los agricultores prefieren que éstos se tejan en la puntada doble o *mediosuso*. Ésta es una puntada muy elástica y resistente al trajín que deben soportar estas grandes mochilas en las que se transporta el bastimento y las cosechas, a lomo de animal, desde las distantes fincas hasta el pueblo. Una variación del mediosuso, el *chispasusu*, la conocen muy pocas atanqueras, casi todas ancianas, pero es una puntada muy utilizada por icas, coguis y arsarios para los mochilones.

Para el tejido de algunas mochilas finas llamadas *susugao*⁴ y *tercera*, se combina el mediosuso con la puntada de encaje o con su variación, llamada *dospuntá*, logrando un juego de texturas sobre uno o más colores, que, en efecto, da la apariencia de un encaje.

El tejido de media, o *tutumedia* para los icas, es la puntada tradicionalmente destinada al tejido del *ziyu* (Usemi, 1981, voz ica) o mochilita en la que los indios de la

⁴ *Susugao* (voz cancuana): palabra casi olvidada en el léxico de los atanqueros. Para algunas personas era el regalo que la novia hacía al novio como símbolo de compromiso; para otras era la mochila pequeña parecida a la que llevan los indígenas para cargar las hojas de coca; otras personas creían que era la mochila de la mujer; y finalmente, con el proyecto “mochila mejorada”, las artesanas se pusieron de acuerdo en llamar *susugao* a la mochila pequeña tejida con gran esmero. Sin embargo, el uso original del *susugao* puede haber sido similar al del *tutugavu* (voz ica) y el *sousugawa* (voz arsaria): mochila en la que la mujer lleva los hilos, el huso, el peine, el jabón y otros objetos de uso personal.



Tres cargueras atanqueras con los dibujos de ramo, camino y costilla.

sierra llevan las hojas de coca. En Atánquez, donde ya se perdió la costumbre de masticar hojas de coca, esta puntada se usa sólo para tejer mochilas pequeñas o susugaos, debido a lo laborioso de su ejecución.

PARA VENDER UNA MOCHILA

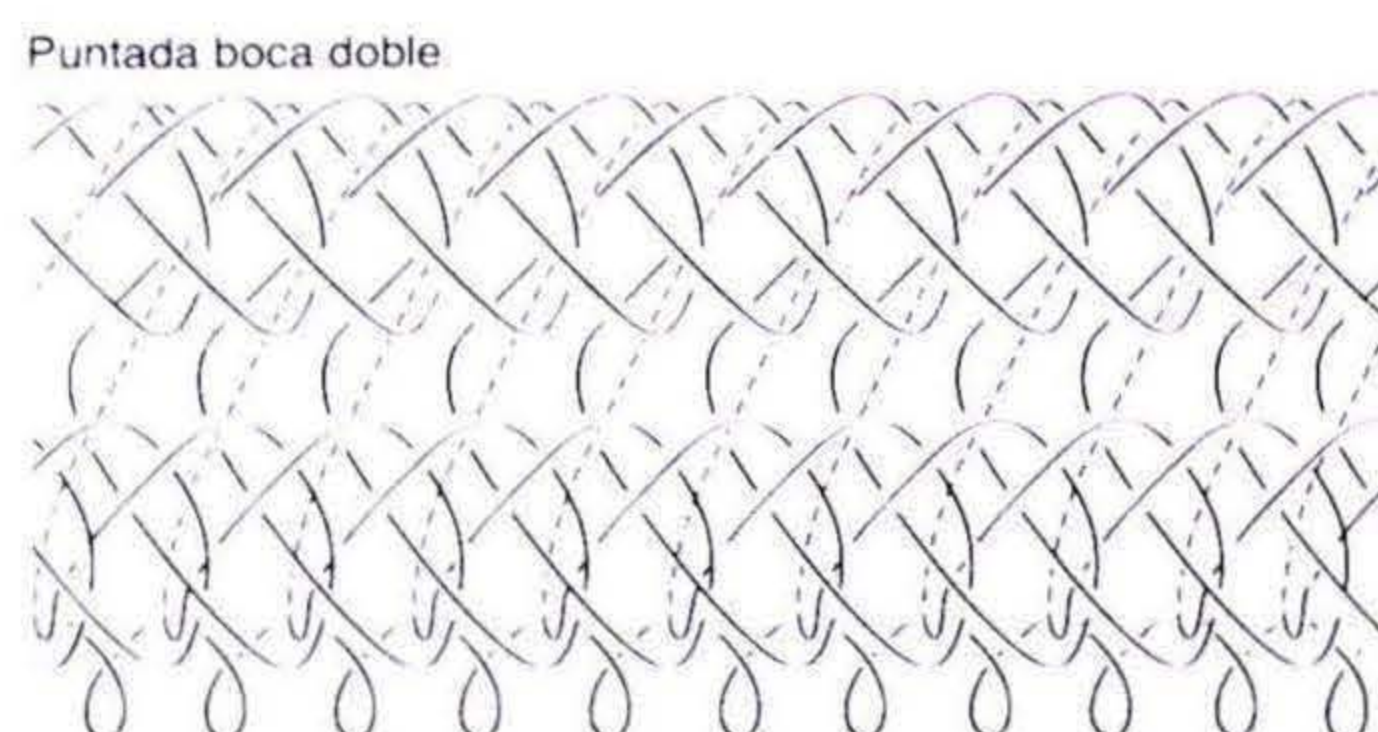
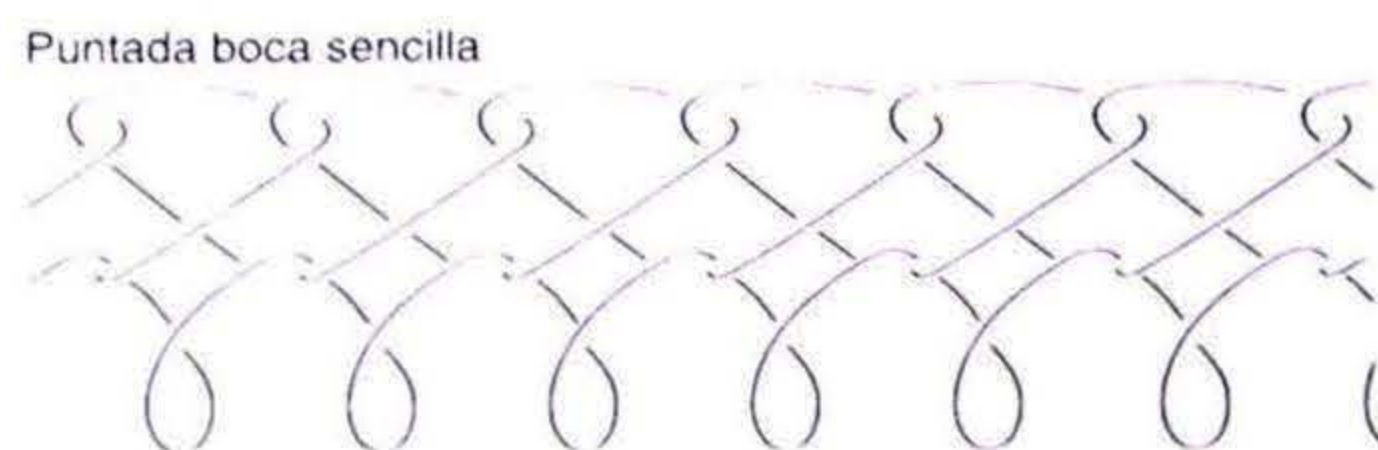
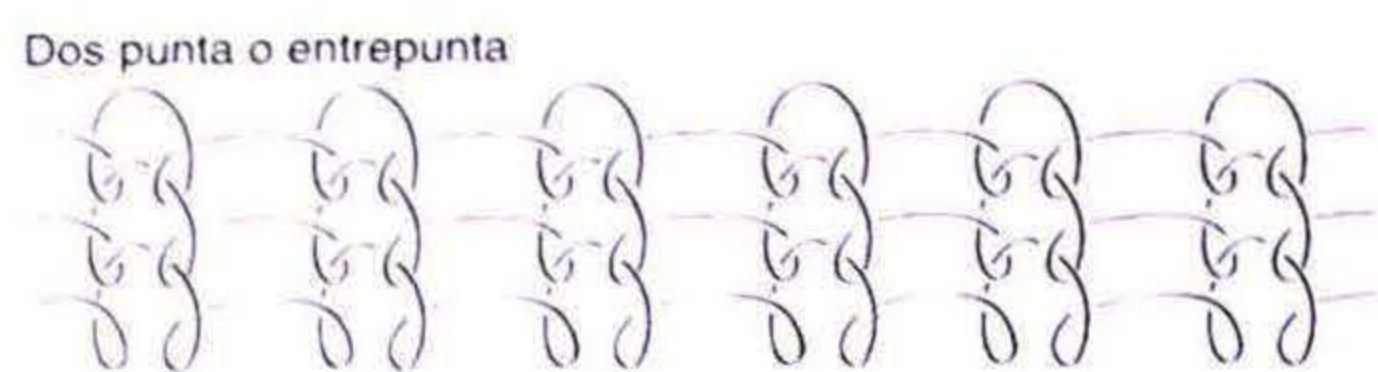
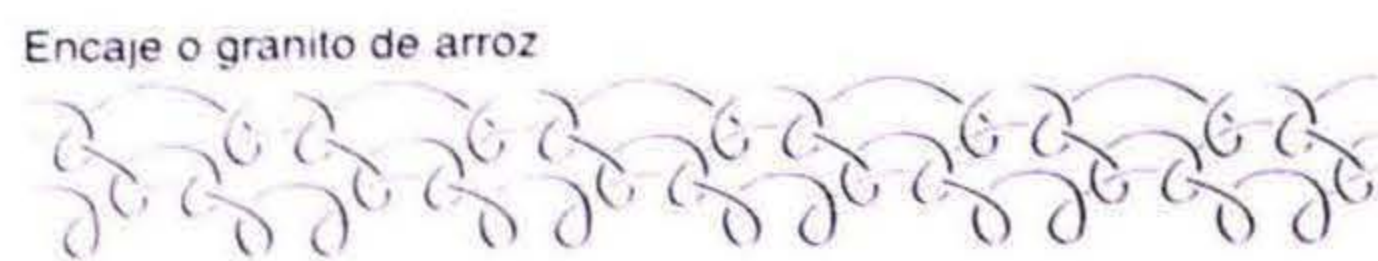
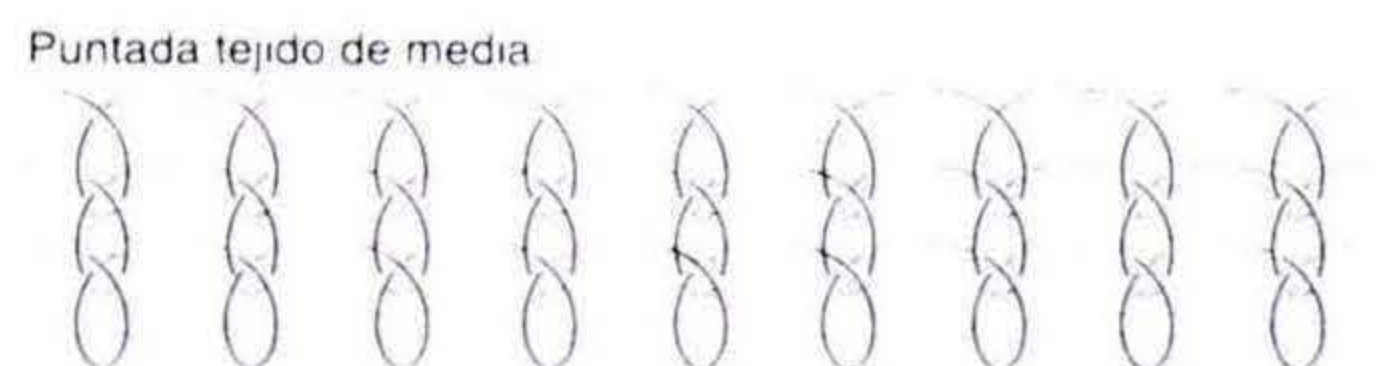
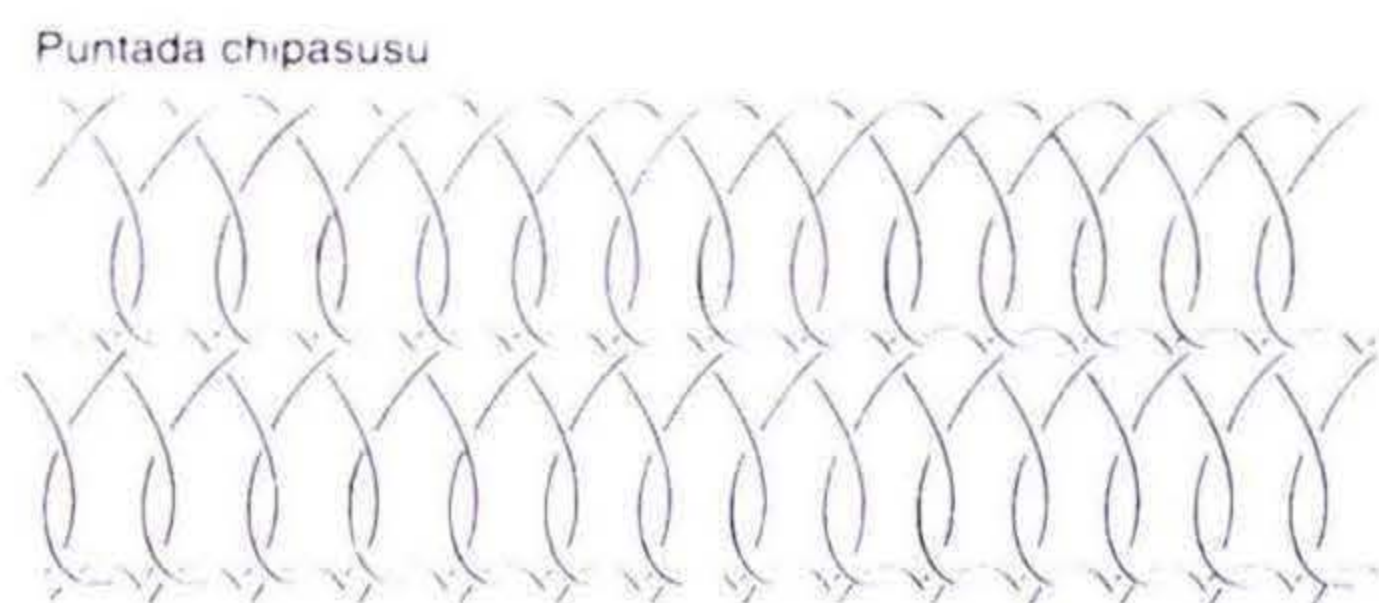
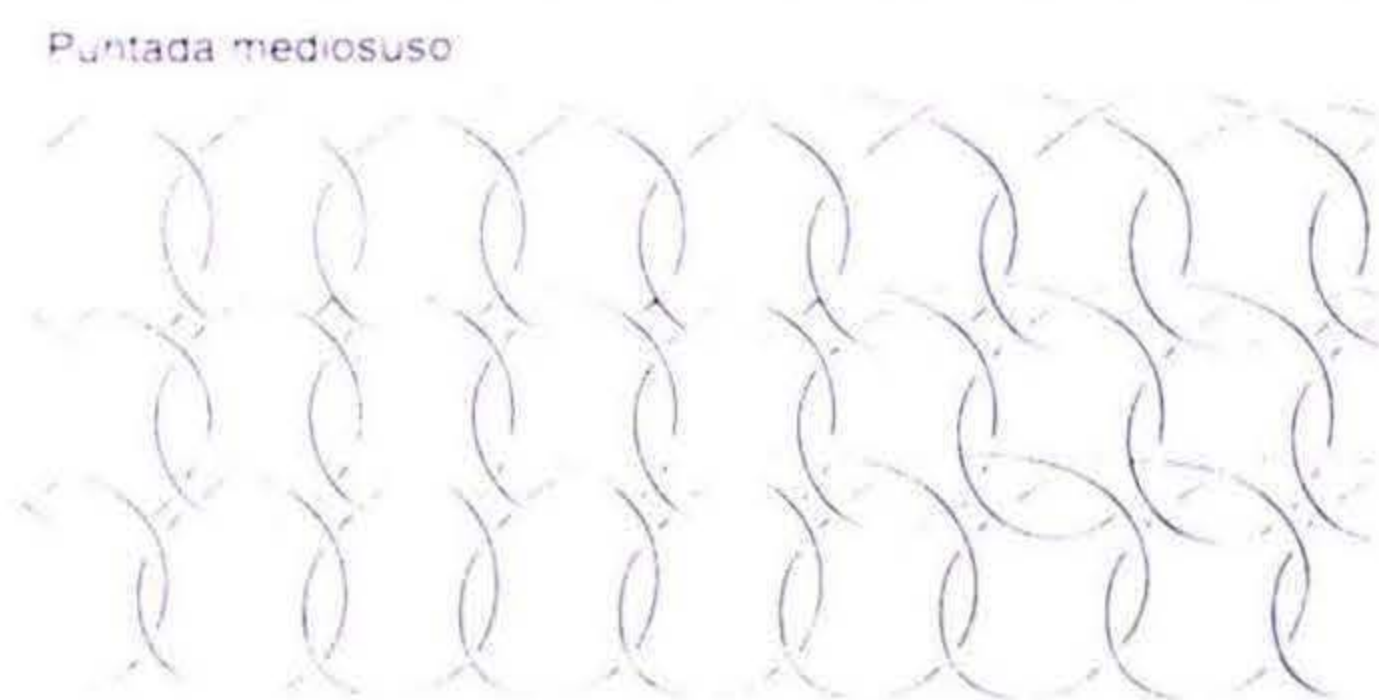
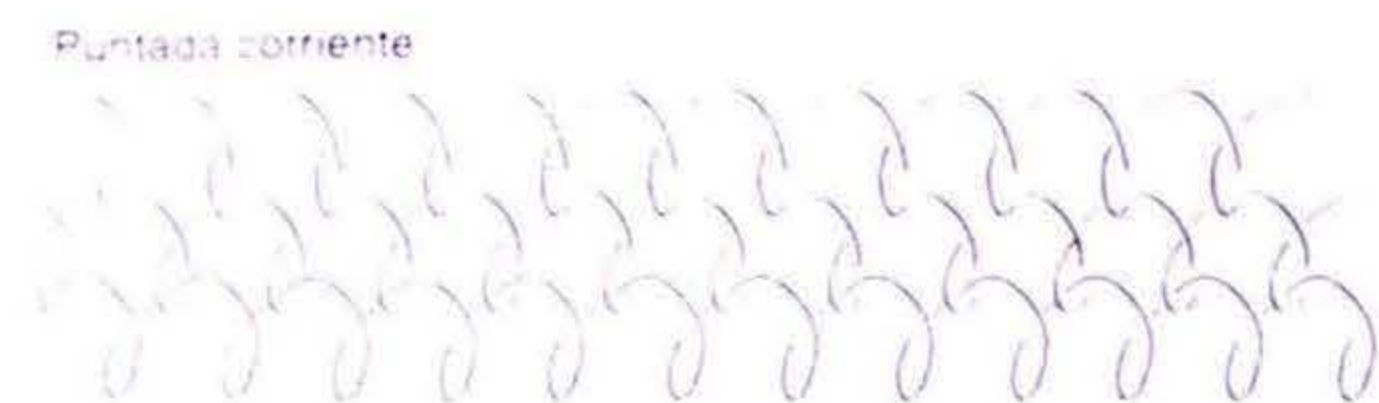
Desde que la mochila empezó su historia de comercialización, las artesanas poco o nada han tenido que ver con el mercadeo de su producto. Las tejedoras sólo saben que hay que tejer "la del diario"; del resto se encargan algunos comerciantes de la región y una vasta red de intermediarios que vive del rebusque.



Tres mochilas arsarias con los dibujos de ramo, camino y listas.

El testimonio de Paulina Villazón y de Tina Blanchar enfatiza esa situación de desventaja que viven las familias artesanas:

- *Paulina, ¿todos sus hijos saben tejer?*
- *Todos, eso es el oficio de por aquí.*
- *¿Ha hecho las cuentas de cuánto está perdiendo por mochila?*
- *No las he hecho. Si uno cree que está ganando, y está es perdiendo.*
- *¿Usted cree que una mochila de mejor calidad se vende por un mejor precio?*
- *Aquí es difícil, porque aquí se regodean mucho pa comprar una mochila. Vea, por ahí unas tejen mochila de a cien y a veces la venden, a veces no la venden.*



Dibujos de las puntadas utilizadas en Atánquez (tomado de Cardale de Schrimpf, Marianne, 1972).

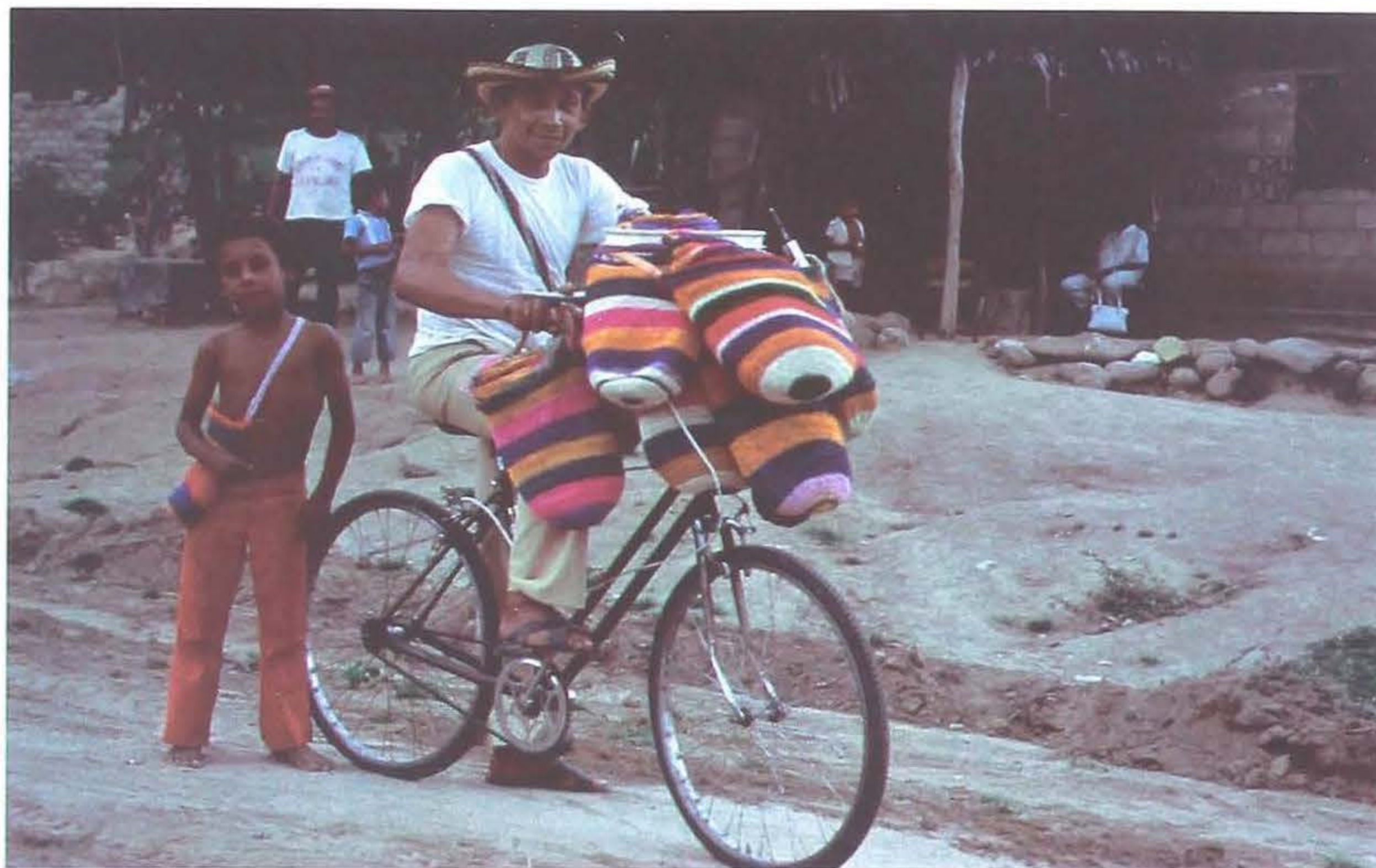
- Tina, ¿qué puntada es esa?
- Estoy tejiendo el tejido encaje. Uno lo teje pa ver si se valoriza un poquito más la mochila. Porque no está valiendo nada, no vale nada. Yo garantizo, de engazar esta mochila ahora y mandarla vender a la calle y me ofrecen cien pesos, cincuenta pesos; entonces el trabajo de nosotras las mujeres no está valiendo nada; y la labor de nosotras es esto, nosotras nos mantenemos, nos vestimos y comemos, mantenemos a los hijos, es con la mochilita, y no nos está alcanzando ni pa comprar una libra de arroz [1987].

En las tiendas locales, que son los centros de acopio de la región, comienza la comercialización y distribución de la mochila “rayá”. Una libra de arroz y cuatro onzas de fideo se cambian por una mochila corriente, cuyo precio, estipulado por las tiendas, oscila entre cincuenta y sesenta pesos (1986). Es así como “mercadea” su producto el sector artesanal.

A los centros de acopio llegan los compradores de San Jacinto (Bolívar), Sabanalarga (Atlántico), Valledupar (Cesar) y Montería (Córdoba). Estos compradores, y algunos comerciantes atanqueros, la distribuyen a su vez en otros pueblos y ciudades: Barranquilla, Bucaramanga, Bogotá, Medellín, Magangué y Sincelejo, entre otros; de la porción que sale para exportación se encarga Artesanías de Colombia S.A.

Además de los atanqueros, los comerciantes de San Jacinto son tal vez los más antiguos compradores y distribuidores de la mochila “rayá”. Este producto se incorporó de tal manera, y desde hace tanto tiempo, al mercado artesanal de San Jacinto, que en general los usuarios y comerciantes desconocen su procedencia original.

La mochila de fique se produce en casi todos los pueblos y veredas del alto río Cesar, ubicadas en el piedemonte de la vertiente suroriental de la Sierra Nevada de Santa



Los comerciantes de mochila recorren las veredas cercanas a Atánquez en burro, mula y bicicleta, comprando mochila rayá por docenas.

Marta, zona que, además de Atánquez y sus alrededores, comprende, entre otras poblaciones, La Junta, Patillal, Potrerito, La Sierrita y San Juan del Cesar.

En la región de Atánquez se producen unas veinte mil docenas de mochilas al año, que representan unos 480 millones de pesos para el mercado nacional (Vergara, 1987). Para el artesano que la manufactura, una mochila no equivale siquiera al valor de una hora del salario mínimo colombiano.

Hacia la defensa del trabajo

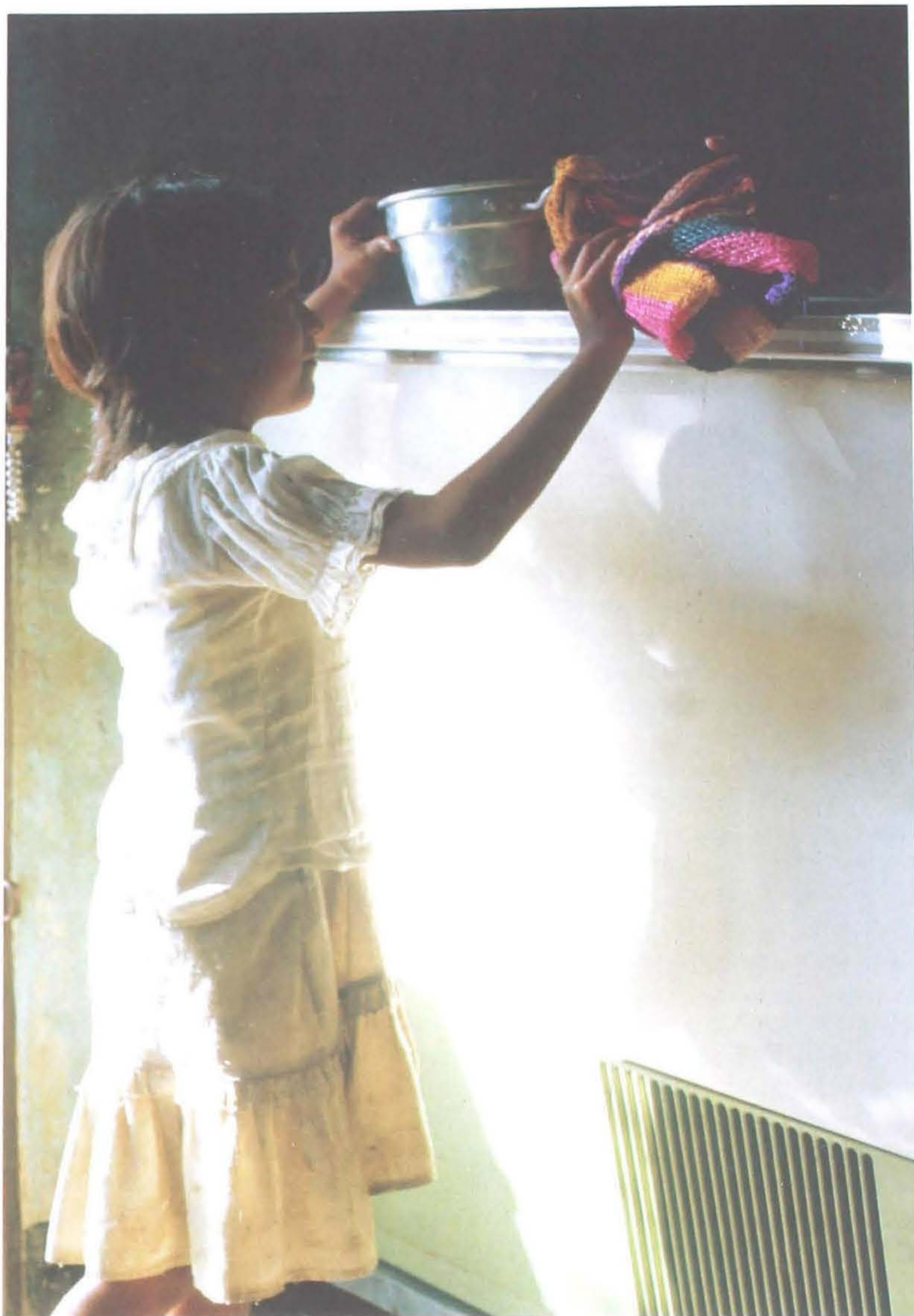
Durante el segundo semestre de 1986 un pequeño grupo de artesanas se acogió al proyecto "mochila mejorada"⁵. Se comenzó una labor de reflexión acerca de los múltiples problemas que aquejan a la producción artesanal: escasez de materia prima, calidad deficiente en el hilado, el tinturado y el tejido, y comercialización. Conscientes de la importante labor que ellas desempeñan dentro de la familia y la comunidad atanquera, las artesanas empezaron a realizar las tareas necesarias para romper ese círculo vicioso de: "tejo mal porque me pagan muy poco". Y por parte de los compradores: "compro barato porque esa mochila está muy mal tejida".

Reunidas en la Asociación de Artesanos de la Región de Atánquez (Asoarda), las artesanas volvieron a producir mochilas finas, con hilado delgado y parejo, en las cuales se combinan dibujos y puntadas en una rica gama de tintes minerales y vegetales, para crear diseños que entretejen la memoria cultural con la imaginación de cada artesana.

Para empezar a solucionar los problemas de mercadeo, la Asoarda fundó un pequeño almacén en el pueblo. Allí las artesanas adquieren los tintes minerales, los fijadores, como la piedra lumbre, y el sulfato de hierro, y en ocasiones el fíque, a precios favorables. A su vez, el almacén compra mochilas finas y corrientes, estableciendo un control de calidad que se refleja en un mejor precio de compra.

Al mejorarse la calidad de la mochila "rayá", se justificó un alza, gradual pero significativa, en su precio original. Se comienza así a romper el círculo vicioso mala calidad-bajo precio, y se contribuye al paulatino mejoramiento de las condiciones de vida de muchas familias artesanas.

⁵ El proyecto "mochila mejorada" se pudo realizar gracias al apoyo financiero de Artesanías de Colombia S.A. y la entidad de ayuda canadiense Desarrollo y Paz.



Los hijos de las artesanas van a las tiendas varias veces al día a cambiar mochilas por comida.

Actualmente la Asoarda busca fortalecer su organización y lograr en el mercado la aceptación y valoración que su arte merece, para que la mochila “rayá” pueda seguir siendo uno de los objetos más populares de la artesanía tradicional colombiana.

En tierras atanqueras se dice que “el que sale sin mochila, sale sin esperanza”.

BIBLIOGRAFÍA

CARDALE DE SCHRIMPFF, Marianne, *Techniques of hand-weaving and allied arts in Colombia (with particular reference to indigenous methods, and where posible, including dyeing, fibre preparation and related subjects)*, tesis de grado, Universidad de Oxford (Inglaterra), 1972.



Las artesanas de Asoarda experimentan con el color y las texturas en un taller de desarrollo sensible y creativo.

DUSSÁN DE REICHEL, Alicia, "La mochila de fique: aspectos tecnológicos, socioeconómicos y etnográficos", en *Revista Colombiana de Folclor*, segunda época, vol. II, núm. 4, Bogotá, 1960.

ECHAVARRÍA USHER, Cristina, "Una experiencia participativa de investigación ambiental en Atánquez", en Informe final, II Expedición Botánica (Colciencias-Cinde), Bogotá, 1984.

—, "La mochila de fique de Atánquez: carpeta de diseño", en Informe final, Artesanías de Colombia S.A., Valledupar, 1987a.

—, *Tintes naturales para fique*, Medellín, Corporación Murundúa, 1987b.

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo, "Casta, clase y aculturación en una población mestiza de Colombia", en *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, México, 1956.

—, *Los Kogi*, 2ª. ed., ts. I y II, Bogotá, Procultura, 1985.

—y DUSSÁN DE REICHEL, Alicia, *The people of Aritama: the cultural personality of a Colombian Mestizo village*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1961.

UNIÓN DE SEGLARES MISIONERAS (USEMI), *Tutu: arte arhuaco*, 2ª. ed., Bogotá, 1981.

VERGARA GÓMEZ, Míriam, "Monografía de la mochila de fique de la región de Atánquez", en Informe final, Artesanías de Colombia, Valledupar, 1987.

—, *Anchiyama: tradición oral musical de la región de Atánquez*, tesis, Universidad de los Andes, Bogotá, 1988.